

DESCRIPCIÓN DE FRANCIA

La Corona y el reino de Francia son más ricos y poderosos que jamás lo fueron por los motivos que voy á exponer.

El reino hereditario de padres á hijos ha llegado á ser rico porque, no teniendo á veces los reyes hijos varones que les sucedan en sus dominios personales, éstos se agregan á los de la Corona. Así ha ocurrido á bastantes reyes, y el reino se ha enriquecido con muchos Estados, como el ducado de Anjou, y como sucederá ahora con el ducado de Orleans y el Estado de Milán, por no tener el actual Rey hijos varones, de modo que hoy día los principales dominios de Francia pertenecen á la Corona y no particularmente á los señores.

Otro motivo de la grandeza actual de los reyes de Francia consiste en que antes estaba dividido el reino entre algunos barones poderosísimos deseosos de ocasiones para alzarse en armas contra el rey, como eran los duques de Guiena y de Borbón, y hoy todos estos señores están sometidos y son obedientes al Rey, aumentando el poder del monarca.

Existe además otra causa de esta grandeza. Los monarcas de Estados inmediatos á Francia, invadían en pasados tiempos esta nación siempre que lo deseaban, porque siempre había un duque de Bretaña, ó un duque de Guiena, de Borgoña ó de Flandes, dispuesto á facilitarles la entrada, y hasta á recibirlos en sus Estados, como sucedía cuando Inglaterra quería la guerra con Francia y empezaba á suscitar dificultades al Rey por medio del duque de Bretaña; valiéndose para lo mismo

del duque de Borbón, el de Borgoña. En la actualidad, la Bretaña, Guiena, el Borbonés y una gran parte de Borgoña, están sometidas al rey de Francia, y no sólo carecen los citados duques de medios para dañar al reino, sino que sus Estados contribuyen á dar fuerza al soberano contra sus enemigos; siendo, por tanto, aquél más fuerte y éstos más débiles.

Por otra parte, los más ricos y poderosos barones de Francia son ahora de sangre real y de la familia del monarca, hasta el punto de que, faltando los inmediatos herederos de éste, puede recaer en alguno de ellos el derecho á la corona, cosa que les induce á vivir unidos al soberano, con la esperanza de sucederle ellos ó sus hijos, estando convencidos de que el rebelarse contra el rey ó enemistarse con él les sería más perjudicial que favorable, como pudo suceder al rey reinante Luis XII. Antes de subir al trono, se afilió al partido del duque de Bretaña contra el rey Carlos, quedando prisionero en esta guerra de Bretaña, y muerto Carlos VIII, se le disputó el derecho á sucederle en el trono, por haberse separado del Rey combatiéndole con las armas. Por fortuna suya, pudo repartir mucho dinero, y el duque de Angulema, llamado á reemplazarle en el derecho á la corona, era un niño. Sin ésto y sin el favor que gozaba entre los magnates, no hubiera Luis XII llegado á ser rey.

La última causa del poder del soberano consiste en que los Estados de los barones de Francia, no se dividen entre sus herederos como en Alemania y en la mayor parte de Italia, pasando siempre al primogénito de cada familia, que es el único heredero, quien atiende á sus demás hermanos. Por quedar éstos sin bienes se dedican todos á las armas, procurando sobresalir en ellas para lograr elevada posición y acaso adquirir un Estado. De ello resulta que los hombres de armas france-

ses sean hoy los mejores que existen, porque todos son nobles é hijos de señores, y deseosos de llegar á ser lo que sus padres.

La infantería que se organiza en Francia no puede ser buena. Hace mucho tiempo que no se ha empleado en la guerra y le falta la experiencia. Además, se la forma con gente del pueblo y artesanos, tan sujetos y tiranizados por los nobles, que están envilecidos; y como dan mal resultado en la guerra, el Rey no se sirve de ellos, excepción hecha de los gascones, que son algo mejores, porque su vecindad á la frontera de España les hace adquirir algunas condiciones de los españoles. Sin embargo, de muchos años á esta parte han dado más prueba de ladrones que de soldados valerosos. En los ataques y defensas de las plazas prueban bastante bien; pero no así en campo raso, resultando lo contrario que los suizos y tudescos, que en campaña no hay quien les iguale, y nada valen para asediar ó defender fortalezas, en mi opinión, porque en estos casos no pueden observar el mismo orden de batalla que en campo abierto. El rey de Francia se vale siempre de suizos ó de lansquenets, porque sus hombres de armas no se fían de los gascones para atacar al enemigo. Si la infantería francesa fuera tan buena como los hombres de armas, no temería de seguro el rey de Francia la lucha con cualquier otro príncipe.

Los franceses son naturalmente más intrépidos que robustos y ágiles, y resistiéndoles el ímpetu del primer ataque, pierden en seguida el ánimo y llegan á ser tímidas mujeres. Les son insoportables el hambre y las fatigas de la campaña, y acaban por desalentarse de tal suerte, que es fácil sorprenderles desordenados y derrotarles. Muchos ejemplos de esto se han visto en el reino de Nápoles, y últimamente en la batalla del Garelano, donde tenían dobles fuerzas que los españoles,

creyéndose generalmente que los rechazarían cuando quisieran; pero comenzaba el invierno, las lluvias eran grandes y empezaron poco á poco á desbandarse, refugiándose en los pueblos circunvecinos para vivir con más comodidad, y así lograron los españoles salir victoriosos, contra todas las previsiones.

Lo mismo hubiera ocurrido á los venecianos, y no perdieran la batalla de Vaila si se limitaran á seguir á los franceses durante diez días; pero el impaciente ardimiento de Bartolomé de Alviano se estrelló contra una impetuosidad mayor que la suya.

Igual cosa aconteció en Ravena á los españoles. Si no se apresuran á atacar á los franceses, hubiéranse éstos desordenado por falta de buena dirección y de víveres, pues los venecianos impedían que les llegaran provisiones por la parte de Ferrara, y los españoles podían habérselas cortado completamente por la de Bolonia; pero los malos consejos y la falta de juicio proporcionaron la victoria á los franceses, victoria muy sangrienta y costosa para ellos. Esta batalla fué empeñadísima, y lo fuera más sin duda si las tropas que constituían el nervio de cada uno de los dos ejércitos pertenecieran á la misma arma; pero en los franceses era la caballería y en los españoles la infantería; por esto no fué mayor el estrago.

Quien quiera, pues, vencer á los franceses, procure resistir su primer choque y dilatar la campaña, en cuyo caso, por las razones dichas, alcanzará la victoria. A causa de esto, decía César de los galos que empezaban por ser más que hombres, y acababan siendo menos que mujeres.

Francia, por su extensión y por la ventaja de los grandes ríos que riegan su suelo, es muy fértil y rica. Los víveres y las mercancías cuestan muy poco por la falta de dinero circulante en los pueblos, que apenas

pueden reunir el necesario para pagar á los señores los tributos, por pequeños que sean. La escasez de dinero proviene de que nadie puede vender sus cosechas, porque todos recolectan más de lo necesario para sí, de modo que quien quiere vender una cantidad de grano no encuentra comprador, por tener todos trigo de venta.

Del dinero que de sus vasallos cobran los nobles sólo gastan el necesario en vestir, pues para su alimentación tienen de sobra, abundando grandemente las aves, el pescado y toda clase de caza. Todos los propietarios de tierras se encuentran en el mismo caso, y de esta manera el dinero se acumula en manos de los señores, hasta el punto de creerse rico el hombre del pueblo que tiene un florín.

El clero de Francia posee las dos quintas partes de las rentas del reino, porque muchos prelados reúnen los bienes temporales y los espirituales. Como tiene en abundancia lo que necesita para vivir, el dinero que por censos ó tributos cae en sus manos no sale de ellas, á causa de la natural avaricia en esta clase. Las rentas de los cabildos y corporaciones religiosas se invierten en plata, alhajas y riquezas para los ornamentos de las iglesias; de modo que lo que tienen éstas en propiedad y lo que particularmente poseen los prelados en dinero y plata, forma un tesoro inmenso.

La mayoría de los obispos interviene en los consejos y en el gobierno del reino de Francia sin que á los grandes señores les inspire celos, porque saben que la ejecución de las determinaciones les corresponde á ellos. Todos quedan, pues, satisfechos, aquéllos deliberando y éstos ejecutando. A veces son llamados á los consejos antiguos militares cuando hay que tratar asuntos relativos al ejército, en los cuales los prelados no tienen experiencia.

En cumplimiento de una pragmática del Papa, obtenida hace largo tiempo, los obispos son elegidos por los cabildos, de modo que cuando el arzobispo ú obispo muere, los canónigos se reúnen y eligen para la dignidad vacante á quien creen más meritorio. Ocurren con frecuencia dificultades en la elección, pues hay quien procura comprar votos y quien sólo cuenta con su virtud y buenas obras. Lo mismo sucede en las elecciones de abades en los conventos. Los beneficios subalternos los proveen los obispos de quienes dependen. Si el Rey intenta faltar á lo dispuesto en esta pragmática, nombrando por sí un obispo, necesita emplear la fuerza, porque el cabildo no da posesión al nombrado y, si se ve obligado á darla, ocurre que, muerto el Rey, desposeen al prelado de real nombramiento y le sustituyen con el elegido por ellos.

Son los franceses naturalmente codiciosos de los bienes de los demás y prodigan lo mismo los suyos que los ajenos. Sin embargo, el francés roba para comer, malgastar y divertirse hasta con el robado, mientras lo que el español roba nadie vuelve á verlo.

Teme Francia á los ingleses por las invasiones y estragos que hicieron en ella, y la palabra *inglés* causa terror al pueblo, porque no advierte que la Francia de hoy se encuentra en muy distintas condiciones de la de entonces, á causa de estar bien armada, ejercitada y unida, perteneciendo al Rey los Estados que servían de apoyo á los ingleses para sus invasiones, cuales eran los ducados de Bretaña y de Borgoña; en cambio los ingleses no están aguerridos, viviendo hace tanto tiempo sin guerra, que los hombres actuales no han visto la cara al enemigo. Además, excepto el Archiduque, nadie les ayudaría en una expedición al continente.

Temerían también bastante á los españoles por su sagacidad y vigilancia; pero cuando el rey de España

quiere invadir á Francia, lo hace con grandes dificultades, porque desde el punto donde empieza á mover sus tropas hasta los puertos de los Pirineos que dan acceso á Francia, hay tanto camino que andar y es el país tan estéril que, si los franceses le esperan á la salida de las montañas, sea por la parte de Perpiñan ó por la Guiena, encuentran el ejército enemigo debilitado, si no por falta de hombres, por la de víveres, á causa del mucho camino andado, atravesando tierras casi deshabitadas por su esterilidad, y, las habitadas, apenas producen lo necesario para mantener á quienes en ellas viven. Por esto los franceses inmediatos á los Pirineos temen poco á los españoles.

De los flamencos nada tienen que temer los franceses, porque, á causa del frío que hace en su país, apenas cosechan para vivir, especialmente cereales y vino, que llevan de Borgoña, de Picardía y de otros Estados de Francia. Además, el pueblo de Flandes vive de la industria, y sus manufacturas las vende en las ferias de Francia, es decir, en Lyon y en París, pues por la parte de la marina no hay donde venderlas, ni tampoco por la de Alemania, á causa de que en estas comarcas fabrican tanto como ellos; por lo cual, si les faltara el comercio con Francia no tendrían dónde colocar sus mercancías, quedándose con ellas y careciendo de los víveres que, con sus productos, adquieren. A causa de esto, sólo por fuerza harán la guerra los flamencos á los franceses.

En cambio Francia teme á los suizos por su vecindad, que les permite atacarla repentinamente, sin medio de evitarlo á tiempo. Los suizos ejecutan las correrías y pillajes con suma rapidez, pero no llevando artillería ni caballería y estando bien defendidas las plazas francesas de la frontera, no causan grandes daños. Además, son naturalmente más á propósito para batallas campales que para atacar ó defender plazas fuertes. En cam-

bio á los franceses no gusta batirse con ellos en las fronteras, porque, careciendo de buena infantería que les haga frente, sus hombres de armas solos no pueden resistirles. El país, además, es tan accidentado, que no permite las maniobras de la caballería, y los suizos no se apartan con buena voluntad de las montañas para bajar á la llanura, dejando á sus espaldas, como he dicho, buenas y bien provistas fortalezas, temerosos de que, al penetrar en territorio enemigo, les corten las comunicaciones, los víveres y hasta la retirada.

Por la parte de Italia nada temen á causa de los Alpes y de las fortalezas que tienen al pie de dichas montañas. El enemigo que quisiera atacar por este lado tendría que empezar pasando los montes, atravesando un terreno estéril y exponiéndose á morir de hambre ó á dejar las plazas fuertes á su espalda (lo cual sería locura) ó á sitiárlas. Nada temen, pues, los franceses por la parte de Italia, por los motivos indicados y, además, porque no estando el pueblo italiano unido, como en tiempo de los romanos, no hay en Italia príncipe alguno en condiciones de poder atacarles.

Tampoco tienen nada que temer por el Mediodía, que es la costa del mar en cuyos puertos hay constantemente muchos barcos, unos del Rey y otros de sus vasallos para defender la nación por aquella parte de cualquier inopinado ataque; pues si es premeditado hay tiempo para rechazarlo, que los preparativos del enemigo para el buen éxito de la expedición no son rápidos ni secretos, y además el Rey tiene numerosas guarniciones en todas las costas para estar prevenido.

Gasta poco este monarca en mantener las guarniciones, porque sus vasallos le son muy fieles y no necesita plazas fuertes para conservar la corona. En las fronteras, donde tendría que hacer algunos gastos, pone los hombres de armas y se ahorra el coste de las guarniciones,

habiendo siempre tiempo para prepararse contra el ataque de un ejército numeroso, al menos el mismo que necesita también el enemigo para reunirlo y ordenarlo.

La población francesa es muy humilde y obediente y profesa gran veneración á su Rey. Se alimenta con poquísimos gastos por la grande abundancia de víveres, y cada cual tiene alguna propiedad territorial. Sus vestidos son de paño basto y barato, no usando la seda ni hombres ni mujeres, y, si quisieran usarla, se lo prohibirían los señores.

Los prelados de Francia, según el último censo, son ciento cuarenta y seis, comprendiendo en este número diez y ocho arzobispos.

Hay un millón y setecientas (1) parroquias, comprendiendo en este número setecientas cuarenta abadías. Los prioratos no se han contado.

No he podido saber cuáles son las rentas ordinarias y extraordinarias de la corona. Lo he preguntado á muchos y todos me han dicho que cuantas el Rey quiere. Sin embargo, me aseguran que una parte de las rentas ordinarias, las que producen las gabelas sobre el pan, el vino y la carne ascienden á un millón y setecientos mil escudos. En cuanto á las rentas extraordinarias, que provienen de los tributos territoriales, son más ó menos considerables, según la cantidad en que el Rey fija el impuesto. Cuando estas rentas no bastan para los gastos, se toma dinero en forma de empréstito y rara vez se devuelve, pidiéndolo por medio de cartas reales que dicen así: «El Rey, nuestro señor, se recomienda á vos y, como tiene necesidad de dinero, os ruega le prestéis la suma que especifica la presente carta.» La cantidad se abona al recaudador de la ciudad encargado de

(1) Este número es evidentemente erróneo; pero está en todos los manuscritos y en todas las ediciones. En una traducción francesa se dice que las parroquias eran diez y siete mil.

percibir cuanto producen las gabelas, los impuestos y los empréstitos.

Para el pago de impuestos en los dominios de la Corona no hay más regla que la voluntad del monarca.

La autoridad de los barones sobre sus vasallos es ilimitada. Sus rentas consisten en gabelas sobre el pan, el vino y la carne, como las antes citadas, y además en un impuesto anual por hogar que no pasa de seis á ocho sueldos, abonable por trimestres. No pueden imponer tributos ni hacer empréstitos sin consentimiento del Rey, que rara vez lo da.

La Corona no cobra otro subsidio de los barones que el de la venta de la sal y no les impone tributos sino en caso de grandísima necesidad.

La costumbre establecida por el Rey en el pago de los gastos extraordinarios, sean de guerra ó de otra clase, es dar orden á los tesoreros para que paguen el sueldo á los soldados y éstos lo reciben de quienes les pasan revista. Los pensionistas y gentiles hombres se dirigen á los superintendentes para recibir las órdenes de pago mensualmente, las cuales presentan al recaudador de la provincia donde viven, quien les paga inmediatamente.

Los gentiles hombres del Rey son doscientos, y su sueldo veinte escudos mensuales, pagados en la forma dicha. Cada centenar tiene un jefe, y éstos suelen ser Ravel y Vilames.

De pensionistas no hay número fijo; son pocos ó muchos, según place al Rey, quien les mantiene en la esperanza de mejorar de posición, pero no está reglamentado cómo esto ha de hacerse.

La obligación de los superintendentes generales de Hacienda en Francia consiste en cobrar tanto por hogar y tanto por impuesto con el consentimiento del Rey, y disponer que los gastos ordinarios y extraordi-

narios sean pagados puntualmente, es decir, dar las órdenes de que antes se ha hablado.

Los tesoreros tienen el dinero y pagan conforme á las órdenes y mandatos de los superintendentes.

El canciller en Francia ejerce gran autoridad y puede condenar ó perdonar hasta en delitos de pena capital, según su voluntad y sin consentimiento del Rey, como también anular los efectos de la contumacia. Concede beneficios con anuencia del Rey, porque las gracias se otorgan por medio de cartas reales, selladas con el gran sello de la Corona, que guarda el canciller. Su sueldo es de diez mil francos por año y once mil francos para la mesa. Por mesa se entiende la obligación de dar de comer y de cenar á los miembros del Consejo que acompañan al gran canciller, es decir, á los abogados y gentiles hombres funcionarios de la cancellería, quienes tienen derecho á comer con él cuando quieran, y quieren con bastante frecuencia.

La pensión que abonaba el Rey de Francia al de Inglaterra era de cincuenta mil francos por año, en pago de algunos gastos hechos por el padre del actual Rey de Inglaterra en el ducado de Bretaña: la deuda está satisfecha y no se paga ya la pensión.

Actualmente sólo hay en Francia un gran senescal. Cuando hay más (y no les llamo grandes, porque gran senescal sólo hay uno) ejercen su autoridad sobre los hombres de armas ordinarios y extraordinarios, quienes, por la dignidad del cargo, están obligados á obedecerles.

El Rey nombra tantos gobernadores de las provincias como quiere y les señala el sueldo que le place. Son anuales ó vitalicios, según la voluntad del monarca. Los de más gobernadores y hasta los tenientes de los más pequeños pueblos son también de nombramiento real, por que el Rey es quien da ó vende todos los cargos públicos

Las cuentas del reino se formalizan del siguiente modo: Cada año en Agosto, Octubre ó Enero, cuando el Rey lo determina, el superintendente reúne las cuentas de gastos é ingresos ordinarios durante el año, hace el estado general de los mismos, se determinan los ingresos conforme á los gastos, y se aumentan ó disminuyen las pensiones y el número de pensionistas según la voluntad del Rey.

Lo que cuestan los gentiles hombres y los pensionistas nunca se sabe á punto fijo. Además, esta partida no la examina el Consejo que entiende de las cuentas, dependiendo de la exclusiva voluntad del Rey.

El Consejo ó Tribunal de Cuentas tiene á su cargo examinar las de todos los que administran dinero de la Corona, como superintendentes, tesoreros y recaudadores.

La Universidad de París se paga con las rentas de las fundaciones de los colegios, pero mezquinamente.

Hay cinco Parlamentos, el de París, el de Ruán, el de Tolosa, el de Burdeos y el del Delfinado. Sus sentencias no tienen apelación.

Las Universidades principales son cuatro y están en París, Orleans, Bourges y Poitiers. Además las hay en Tours y en Angers, pero éstas valen poco.

Las guarniciones están donde el Rey determina, quien además fija la fuerza que han de tener en hombres y en artillería; sin embargo, todas las ciudades cuentan con algunos cañones, y desde hace dos años se han fundido muchas piezas de artillería en varios puntos del reino á costa de los habitantes y con un pequeño aumento en los tributos. Cuando no hay temor de guerra las guarniciones son ordinariamente cuatro. Están en Guiena, Picardía, Borgoña y Provenza y se aumentan ó cambian de lugar según los temores.

He procurado averiguar cuánto se daba al Rey anual-

mente para los gastos de su persona y de su casa y sabido que tiene cuanto pide.

Los arqueros son cuatrocientos, destinados á la guarda de la persona del Rey; ciento son escoceses y cobran trescientos francos anuales cada uno, dándoseles además un traje con la librea del Rey. Los guardias de Corps que están siempre junto al Rey son veinticuatro, y el sueldo de cada uno es de cuatrocientos francos anuales. Los capitanes son Monseñor Dubigny, de Crusos y el capitán Gabriel (1).

La guardia de á pie es de alemanes, de los cuales hay ciento que cobran doce francos al mes, y solía haber hasta trescientos con pensión de diez francos y además dos trajes al año, uno de verano y otro de invierno con jubón, medias y librea real. En tiempo de Carlos VIII, los guardias de Corps usaban jubón de seda.

Los encargados de alojar á la corte se llaman furriels. Son treinta y dos y cobra cada uno de sueldo trescientos francos anuales y traje. Tienen cuatro mariscales ó aposentadores con seiscientos francos de sueldo. En el ejercicio de sus cargos observan el orden siguiente. Divídense en cuatro cuerpos: el primero, á las órdenes de un mariscal ó de su teniente, cuando aquél no está en la corte, se queda en el sitio de donde ésta sale para pagar á los dueños de las casas en que se ha alojado. El segundo sigue al Rey. El tercero se adelanta á la población donde aquél debe llegar y prepara los alojamientos de la corte, y el cuarto va más adelante para llegar al punto donde el Rey descansará al día siguiente. El orden es tan admirable, que todos, hasta las meretrices que siguen á la corte tienen dispuesto el alojamiento al llegar á una población.

El preboste de palacio es un funcionario que acom-

(1) El conde d'Aubigny (Beraut-Stuart), Santiago de Crusol y Gabriel de la Chatre.

paña siempre al Rey, y ejerce grande autoridad donde la corte reside. Su jurisdicción es privilegiada y los habitantes de las ciudades donde se encuentra pueden acudir á él como á su propio juez. Los que mandan prender por ser delinquentes, no pueden apelar á ningún Parlamento. Su sueldo es ordinariamente de seis mil francos. Le acompañan dos jueces para los asuntos civiles, pagando el Rey á cada uno de ellos seiscientos francos anuales, y un lugarteniente para los negocios criminales al frente de treinta arqueros pagados como los de la guardia. Despacha, pues, asuntos civiles y criminales y le basta un careo del reo con los testigos para pronunciar la sentencia.

Los mayordomos de la casa real son ocho y no tienen sueldo fijo, pues unos cobran mil francos y otros menos, según la voluntad del Rey. El mayordomo mayor que ha sucedido á M. de Chaumont es M. de la Palisse, cuyo padre desempeñó ya el mismo cargo. Cobra once mil francos de sueldo, sin otra autoridad que la de tener á sus órdenes á los demás mayordomos.

El gran almirante de Francia manda en toda la marina francesa, cuidando de ella y de todos los puertos del reino. Tiene á sus órdenes todos los buques de guerra y puede disponer de ellos según su voluntad. Actualmente desempeña este cargo Prejanni (1), y su sueldo es de diez mil francos anuales.

No hay número limitado de caballeros de la orden del Rey; son tantos como el Rey quiere nombrar. Al posesionarse de esta dignidad, juran defender la corona y no hacer jamás armas contra ella. El nombramiento es vitalicio y no pueden ser degradados. Algunos tienen cuatro mil francos de pensión; otros menos. Esta dignidad no se concede con frecuencia.

(1) Prejent de Bridoux.

El cargo de chambelán consiste en conversar con el Rey, precederle cuando sale ó entra en la Cámara, aconsejarle, y de hecho es la más elevada dignidad en la corte. Tienen los chambelanes considerable pensión; seis, ocho ó diez mil francos. Algunos no reciben nada, porque el Rey concede esta dignidad á personas á quienes quiere honrar, á veces hasta á extranjeros. Gozan el privilegio de no pagar gabelas, y tener en la corte asiento á la mesa de los chambelanes, que es la primera después de la del Rey.

El caballerizo mayor está siempre con el Rey. Su cargo consiste en ser jefe de los doce caballerizos del Rey, como lo son el gran senescal, el mayordomo mayor y el gran chambelán de las personas afectas á estos servicios. Cuida además de los caballos del monarca; le ayuda á montar y á apearse, atiende á la conservación de los arneses reales, y lleva la espada del Rey delante de él.

Todos los señores del Consejo tienen pensiones de seis á ocho mil francos, á voluntad del Rey. En la actualidad son consejeros los obispos de París y Beauvais; el baillío de Amiens, monseñor de Bussi y el gran canciller; pero de hecho, quienes lo gobiernan todo son el obispo de París y Robertet.

Desde que murió el cardenal de Ruán (1) nadie tiene mesa franca en la corte. El gran canciller no ha sido reemplazado, y su cargo lo desempeña el arzobispo de París.

Las pretensiones del Rey de Francia al ducado de Milán se fundan en que su abuelo tuvo por esposa una hija del Duque, quien murió sin dejar hijos varones.

El duque de Milán, Juan Galeazzo, tuvo dos hijas y no sé cuantos hijos. Una de las hijas se llamó Doña

(1) El cardenal de Amboise, arzobispo de Ruán.

Valentina y casó con el duque Luis de Orleans, abuelo del actual Rey, y descendiente por línea recta del rey Pipino. Muerto el duque Juan Galeazzo, le sucedió su hijo el duque Felipe, que murió sin hijos legítimos, dejando sólo una hija natural. Usurparon después el ducado de Milán los Sforzas, apoderándose de él ilegítimamente, según se dice. Los partidarios del duque de Orleans sostienen que el ducado corresponde á los sucesores y herederos de Doña Valentina. Desde el día que la casa de Orleans emparentó con la de Milán, añadió en su escudo una culebra á las tres flores de lis, como aun puede verse.

En cada parroquia de Francia hay un hombre pagado por los habitantes, que se llama el arquero franco, quien está obligado á tener un buen caballo, y á proveerse de armadura y dispuesto á acudir donde el Rey mande, siguiéndole cuando sale fuera del reino por causa de guerra ú otro motivo. También está obligado á trasladarse á las provincias invadidas por el enemigo ó en peligro de invasión. Atendiendo al número de parroquias, estos arqueros son un millón y setecientos (1).

Los furrieles están encargados de proporcionar alojamiento á cuantos siguen á la Corte, y ordinariamente los señores son alojados en las casas de las personas principales de las ciudades. Para que no tengan motivo de queja, ni el que aloja ni el alojado, la Corte ha fijado las obligaciones de cada uno. El alojado paga un sueldo diario y tiene derecho á una habitación limpia, á una cama, y á que se muden las ropas de ésta por lo menos una vez cada semana. Paga, además, dos dineros diarios por el servicio de manteles, servilletas, aceite y vinagre, siendo preciso mudar manteles y servilletas

(1) Ya hemos dicho en una nota anterior, que esta cifra es evidentemente errónea, y que las parroquias eran diez y siete mil.

á lo menos dos veces por semana; pero como en Francia abunda la ropa blanca, ordinariamente los mudan cuando el alojado lo desea. Éste tiene además derecho á que la habitación esté limpia y aseada y á que le hagan la cama.

También se abonan dos dineros diarios por el sitio de cada caballo en la cuadra, y los dueños de las casas no están obligados á dar nada para los caballos, salvo sacar de las cuadras el estiércol. Hay muchos que pagan menos por convenios con los habitantes de la población, pero ésta es la tasa oficial de la Corte.

Las pretensiones de los ingleses sobre Francia son modernas, y se fundan en lo siguiente: Carlos VI, rey de Francia, dió en casamiento su hija legítima Catalina á Enrique, hijo legítimo del rey de Inglaterra. En el contrato de matrimonio, además de estipular la dote de Catalina y sin hacer mención alguna de Carlos VIII, que fué después rey de Francia, instituyó heredero de la corona para después de su muerte á su yerno Enrique, marido de Catalina, y en el caso de que éste muriese antes que él dejando hijos varones habidos en Catalina, que le sucedieran éstos. Tales cláusulas no tuvieron aplicación, porque Carlos VI había preterido á su hijo Carlos VII, y por ser contrarias á las leyes del reino. En contra de esto dicen los ingleses, que Carlos VII había nacido *ex incestuoso concubito* (1).

En Inglaterra hay doce arzobispos y cincuenta y dos mil parroquias.

(1) De unión incestuosa.

CARÁCTER DE LOS FRANCESES

Les preocupa tanto el bien ó el mal presente, que apenas se acuerdan de los daños ó beneficios pasados, ni se cuidan de los futuros.

Son más bien tacaños que económicos. No les importa lo que se escriba ó diga de ellos, y domina su codicia á su crueldad. Su liberalidad es más aparente que real.

El señor ó caballero que desobedezca al Rey en cosa que interese á un tercero, sólo se expone á recibir orden de obedecerle á toda costa si aun es posible, y si no lo es ya, á ser castigado, prohibiéndole presentarse en la corte durante cuatro meses. Esto nos ha hecho perder dos veces á Pisa; la primera cuando Entraignes ocupaba la fortaleza, y la segunda cuando los franceses vinieron á sitiaria.

Quien desea conseguir algo en la corte necesita mucho dinero, mucha actividad y buena fortuna.

Cuando se les pide algún favor, piensan antes de hacerlo en el beneficio que pueden sacar del servicio.

Los primeros compromisos contraídos con ellos son siempre los mejores.

El bien que no pueden hacer lo prometen, y si pueden hacerlo, ó no lo ejecutan ó lo realizan difícilmente.

En la mala fortuna son humildísimos; en la buena, insolentes.

Sus derrotas las presentan como victorias. El vencedor está seguro de contar con el afecto del Rey, lo cual rara vez ocurre al vencido. Por ello el que acomete una empresa, debe examinar si tiene ó no condiciones de éxito, en vez de cuidarse de si será ó no agradable al

Rey. Esto lo comprendió bien el duque Valentino cuando llegó á mandar el ejército enviado á Florencia.

En algunas cosas estiman poco su honor, á diferencia de los señores italianos. Así se explica que cuando pidieron Montepuciano al gobierno de Siena, no les ofendiese la negativa.

Son ligeros y tornadizos. Tienen fe de vencedor. No les gusta hablar la lengua de los romanos, ni les agrada la fama de este pueblo.

Los italianos que viven bien en la corte de Francia son los que nada tienen que perder y, como perdidos, sólo se exponen á ganar.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO	V
EL PRÍNCIPE	
CAPÍTULO PRIMERO.—Cuántas clases hay de principados y por cuáles medios se adquieren.....	5
CAP. II.—De los principados hereditarios.....	5
CAP. III.—De los principados mixtos.....	6
CAP. IV.—Por qué el reino de Darío, conquistado por Alejandro, no se rebeló, muerto éste, contra sus sucesores.	15
CAP. V.—Cómo han de ser gobernadas las ciudades ó los reinos que, antes de su conquista, se regían por leyes propias.....	18
CAP. VI.—De los estados que el conquistador adquiere con su esfuerzo y sus propias armas.....	19
CAP. VII.—De los principados nuevos que se adquieren con fuerzas ajenas ó por causa de buena fortuna.....	23
CAP. VIII.—De los que han llegado á ser príncipes cometiendo maldades.....	31
CAP. IX.—De los principados civiles.....	35
CAP. X.—Cómo deben graduarse las fuerzas de los gobiernos.....	39
CAP. XI.—De los principados eclesiásticos.....	41
CAP. XII.—De las diferentes clases de milicia y de los soldados mercenarios.....	44
CAP. XIII.—De las tropas auxiliares, mixtas y nacionales.	49
CAP. XIV.—De las obligaciones de un príncipe con respecto á la milicia.....	53
CAP. XV.—Por qué cosas los hombres, y especialmente los príncipes, merecen alabanza ó vituperio.....	56